

ella ni menos la desea. Basta con su posibilidad. Un arte en que la vida se echa a los dados del azar, tiene que ser el más sugestivo que se le pueda ofrecer a los españoles. Y no porque éstos—como quiere Ortega—desdeñen la misma vida. Por contra, como antes decíamos, la afición a los toros—luz y alegría—es buena prueba de su amor a ella. Al carácter español lo que le pasa es que gusta de vérselas cara a cara con la muerte. Y si consigue vencerla aunque sea a costa de la propia existencia, llegamos a la apoteósica culminación del objetivo.

En los toros se juega bellamente con la muerte, y cuando el torero cae exánime—sobre todo el que alcanzó las cimas de la popularidad, y en España no la hay mayor, que la del torero famoso—la muerte está vencida. La recompensa de una perdurable gloria, de un romance prolongado es su mejor venganza.

No existe duda; hay algo en los toros que enchufa con escalofrío de misterio al hondo sentido religioso del carácter español. ¿Quién no ha experimentado en medio de los esplendores de la fiesta, por un momento esa sensación de goce amargo, esa nostalgia de algo superior, inseparable del placer espiritual, y tan diferente al hastío y hasta desprecio que provocan en nuestra alma el goce y la satisfacción puramente animal?

Convengamos en que la fiesta de toros tiene aún por descubrir repliegues de escondida belleza, que junto a los que esbozamos nos darían la cabal fisonomía del espectáculo.

Cuando la agudeza y buena fe de un insigne jesuita, nos demostró documentalmente que la fiesta taurina en nada se opone a la moral, algunos abrieron la boca con asombro, mientras los más pacatos estuvieron a punto de escandalizarse. Nosotros vamos más allá; la creemos ejemplo de perfecta moral. Otro punto a tratar de extremo interés. Hay muchas cosas y buenas por descubrir y demostrar de barreras adentro.

Bien sabemos y no se nos oculta, que también los vicios españoles y su cortejo tendrán alguna representación en una fiesta tan sin eufemismos y tan de rompe y rasga como la nuestra. Quédese esta tarea para los Eugenio Noel y sus seguidores. Aquí sí que estuvo a punto de agotarse la cantera. Pero creo no equivocarme al afirmar, que a buen seguro no fueron los cultivadores de la faceta antitaurina; los más fervorosos admiradores, del vibrante y heroico genio de la España inmortal.

ANTONIO ZOIDO DIAZ



Retablillo del Niño Jesús

I

De las habitaciones interiores
llega un hálito fresco de limpieza.
María cose, suspirando, y reza,
y alterna con sus rezos sus labores.

José, que recibió de los pastores
unos encargos, ahora los empieza;
pule unas tablas y las endereza
y pone en la tarea afán y amores.

María piensa, con pudor forzoso,
en ser Madre de Dios. Y sus miradas
eleva, dulces, bellas, candorosas.

José contempla, siempre silencioso,
que las virutas, rubias y rizadas,
entre sus manos se han trocado en rosas.

II

Iban haciendo juntos su camino.
José a María guía con dulzura,
y María, en su frente limpia y pura,
presenta el resplandor de lo divino.

Van a cumplir mandatos de Cirino.
Y estaban escalando ya la altura
de Belén: su arboleda y su blancura.
El sol se filtra en un ocaso fino.

María se acrisola en su belleza.
Se oyen cantos de amor. Se enciende lumbre.
¡Nació en Belén el hijo del Eterno!

El humilde portal cobra grandeza.
La mansa mula aumenta en mansedumbre,
y el tierno ojo de buey se hace más tierno.

III

Se escucha el dolondrón de los ganados,
el balar de cabritos y corderos;
y la luna oriental y los luceros
se esconden por detrás de los granados.

Allí David, allí Jacob, cansados,
pastorearon con sus compañeros;
y espigaba los trigos más enteros
Ruth, la bella, en senaras y sembrados.

Se apagan las fogatas llameantes.
Vino y miel de Belén toman las gentes.
Los hombres, admirados y contentos,
vuelven a «aquel Portal»... Y suspirantes
las madres, a sus hijos, impacientes,
les hablan de Jesús, como en los cuentos.

IV

Por un ángel de Dios, Jesús despierto
fué. Y anunciado de crueles males,
huyeron de las tierras herodiales
donde el niño Jesús iba a ser muerto.

Los espinosos tallos del desierto
sufrieron; las arenas y canchales;
después, los sicomoros y maizales
a José dieron un descanso cierto.

Nuestra Virgen contempla aquella escena:
al Mesías, que duerme placentero;
a su esposo, transido de temor;
y tiene una visión de gloria y pena.
María ve a Jesús en el madero;
y ve en ella la espada del dolor.

RAFAEL GONZALEZ CASTELL



Voces y expresiones viciosas

Plegar y desplegar

LA lectura y el estudio de los buenos autores — ha observado Emerson — consti-

tuyen la base más sólida del conocimiento de un idioma.»

Esta afirmación nos parece discretísima e incluso irrefutable, cabría decir. Sin embargo, en ocasiones no basta el leer y estudiar los buenos modelos literarios para dominar bien un idioma. Aquí tenemos los dos verbos (1) del subtítulo del presente palique. *Plegar* y *desplegar* han dividido a los autores en dos grupos: los que emplean estos verbos considerando como irregulares las tres personas del singular y la tercera del plural de los presentes de indicativo y subjuntivo, y el singular y tercera de plural del imperativo: *pliego, pliegas, pliega y pliegan; pliegue, pliegues, pliegue y plieguen; pliega, pliegue y plieguen; despliego, despliegas, despliega y despliegan; despliegue, despliegues, despliegue y desplieguen; despliega, despliegue y desplieguen*; y los que entienden que son regulares y debe, pues, escribirse: *plego, plegas, plega y plegan; plegue, plegues, plegue y pleguen; plega, plegue y pleguen; desplego, desplegas, desplega y despliegan; desplegue, desplegues, desplegue y desplieguen; desplega, desplegue y desplieguen*.

Uno y otro modo cuentan con numerosos observantes, como vamos a ver en seguida:

«... más bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios». Cervantes (*Don Quijote de la Mancha*).

«... sacude sus alas y despliega escondido su vital energía.» Don Tomás Aguiló (*A la sombra del ciprés*).

«... conmueven su corazón y despliegan las alas de su fantasía». (*Ibidem*).

«Y el algodón despliega al áurea leve». D. Andrés Bel'io (*La agricultura de la zona tórrida*).

«El cielo azul su majestad despliega». D. José Selgas (*El Estío*).

«... la naturaleza ostenta todo su imperio, y parece sonreír placidamente al contemplarse en la pompa que despliega.» D. Pedro José Pidal (*Estudios literarios*).

«... cuando ante nuestra vida se despliegan muy contrarios rumbos y derroteros...». Ramón Pérez de Ayala (*El curandero de su honra*).

«... que todas las veces que despliegue al viento la vanidad de su bazaría...» Gracián (*El Discreto*).

(1) Lo mismo puede decirse de *replegar*.